

Guadalupe. Peregrinación. Santuario. 1. X. 2016

Excelencia, Sr. Administrador diocesano de Plasencia,

Queridos hermanos sacerdotes de las tres Diócesis extremeñas y de la Diócesis primada de Toledo,

Padre Guardián y comunidad franciscana, que nos habéis acogido como siempre con tanta amabilidad,

Autoridades civiles y militares,

Queridos hermanos y hermanas,

Permitidme que la homilía de hoy sea sobre todo una oración, en nombre de todos, ante nuestra Señora de Guadalupe:

Hoy, Madre, hemos peregrinado, desde todos los puntos de nuestra Provincia eclesiástica, desde toda Extremadura, para venir hasta Ti, a este bendito Santuario, casa de acogida materna para todos nosotros.

Por eso nos acogemos a Ti con tanta confianza. ¡Eres nuestra Madre!

Nos acogemos a Ti con aquella antiquísima oración, surgida en los primeros siglos de la Iglesia: "*Sub tuum presídium*":

*«Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no desoigas nuestra oración en nuestras necesidades, antes bien líbranos siempre de todo peligro, Oh Virgen gloriosa y bendita».*

En este Año Guadalupense, en este Año de la Misericordia, convocado por el papa Francisco para la Iglesia universal, Te pedimos nos concedas la gracia de seguir a Cristo de cerca, de ser cristianas y cristianos auténticos, de ser anunciadores convincentes del Evangelio con nuestra vida y nuestra palabra, de ser misericordiosos.

Deseamos ser transformados por la misericordia del Padre y ser reflejo vivo de Su misericordia:

Ayúdanos a hacer que nuestros ojos sean misericordiosos para que no alimenten nunca sospechas y no juzguen en base a apariencias externas. Ayúdanos a que nuestros oídos sean misericordiosos para que nos inclinemos sobre las necesidades de nuestro prójimo; que no sean indiferentes a los dolores y a los gemidos de mi prójimo. Ayúdanos, Madre, a que nuestras manos sean misericordiosas y llenas de buenas acciones... Que habitemos en la casa de la misericordia del Padre, que se nos ha hecho visible y palpable en Jesús, nuestro Señor.

Llévanos en espíritu a la sala del convite de las bodas de Caná, donde Tú estuviste pendiente de la necesidad urgente de aquellos esposos. Pero, sobre todo, llévanos al Calvario, donde se consumaron las

verdaderas bodas, las bodas de Cristo con su Iglesia.

Tú, de nuevo, como en Caná, estabas allí, bajo la cruz de tu Hijo y Señor (Jn 19,25-27). Después de tu Hijo, eras Tú el centro de las miradas y de las murmuraciones de lo que se encontraban allí: aquella turba que había acompañado a Jesús al calvario: sacerdotes, escribas, gente del pueblo, soldados romanos...

Eras la Madre del ajusticiado y sufriste humillaciones terribles; pero permaneciste allí, junto a la cruz de tu Hijo; no huiste; no te escondiste; no te marchaste; permaneciste al lado de tu Hijo; allí permaneciste, pegadita a la cruz, con los que verdaderamente amaban a Cristo: el discípulo amado, María Magdalena y la otra María.

No renegaste de tu Hijo, sencillamente porque era tu Hijo; Tú bien segura estabas de su inocencia; eras bien consciente de la injusticia terrible que allí se estaba consumando. Fuiste y eres la imagen de todas las madres que sufren por sus hijos, aunque se trate de un hijo culpable; para una madre, primero es su hijo, su carne; después está todo lo demás; y por el hijo, son capaces de sufrir toda clase de humillaciones y de sufrimientos. Fuiste y eres la imagen de todos los que sufren, de todos los que se confían a Dios en medio de su dolor.

Recuerdas muy bien, Madre, aquellos momentos de inmenso dolor. Y recuerdas, sobre todo, el momento culminante, cuando tu Hijo, Jesús, pronunció

aquellas palabras: “he ahí a tu hijo”, señalando al apóstol Juan y, en Juan, a todos nosotros.

Madre, recuerda, acuérdate siempre que, por la cruz de tu Hijo y por tu dolor, hemos sido engendrados en tu seno y somos tus hijos e hijas. Toda maternidad supone un parto. Recuerda que diste a luz a Cristo sin dolor. Este parto de los discípulos de Cristo, de la Iglesia, en cambio, fue y es con dolor: nos das a luz como hijas e hijos de Dios con inmenso dolor. En Nazaret dijiste “Sí” al parto de Cristo; aquí, en la Cruz, continúas diciendo “Sí”, como en Nazaret. No huiste, no te escondiste. ¡Gracias, Madre! ¡Qué regalo inconmensurable!

Bajamos del Calvario, después de haber colocado a Jesús en el sepulcro, y somos tus hijos. En aquellos momentos de inmensa orfandad, somos tus hijos. Se ha realizando, por fin, la redención del mundo; el sacrificio de Cristo ha borrado los pecados: somos hijos de Dios e hijos tuyos. El primer fruto de la redención es la filiación divina: Jesús nos ofrece a su Padre como nuestro Padre y nos da a su Madre como Madre nuestra. Así se cumple lo que Jesús había prometido en el cenáculo a los apóstoles: “*No os dejaré huérfanos*”. Es el fruto de la redención. Es la nueva familia de Dios.

¡Madre nuestra, Madre de Extremadura, madre de la Provincia eclesiástica, Virgen de Guadalupe, Virgen morena, Reina de la Hispanidad!

Toda la Iglesia que peregrina en esta bendita tierra está aquí, ante tu venerada imagen. Aquí han

venido peregrinando nuestros antepasados durante tantos siglos. ¡Cuántas oraciones! ¡Cuántas desgracias, cuántos sufrimientos, cuántas alegrías has contemplado, has consolado, has curado!

Con ese mismo espíritu de fe venimos hoy también nosotros. ¡Tenemos tanto por lo que agradecerte! ¡Tanto por lo que pedirte! Aumenta nuestra confianza en Ti, Madre. Confiamos en Ti plenamente. ¿Cómo no vamos a confiar si eres nuestra Madre? ¡Qué madre niega nada a un hijo, si es para su bien!

Te pedimos por nuestros sacerdotes; por nuestros seminaristas y por las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa. No olvides, Madre, a nuestros niños, a nuestros jóvenes, a quienes se preparan para el matrimonio, a nuestras familias, sus proyectos de futuro, sus ilusiones, que no les falte el trabajo necesario para llevar adelante la familia, la educación religiosa y moral de los hijos, la paz y estabilidad de cada una de nuestras familias.

Te pedimos por nuestros gobernantes, que no tengan otra mira sino la paz, el desarrollo y el bien común de todos.

Te pedimos por quienes pasan momentos de verdadera dificultad, por quienes no le encuentran sentido a la vida, por quienes sufren injusticias, por quienes tienen dificultad para llegar a fin de mes, por los enfermos... Tantas necesidades, Madre, pero tanta confianza en Ti, omnipotencia suplicante. Acompáñanos en esta Eucaristía. Aquí ponemos

nuestra vida entera, las vidas de todos los extremeños. Así sea.

+ Celso Morga  
Arzobispo de Mérida-Badajoz